

## Enrique Badosa. La vida honesta

Ramón Andrés

Es verdad que los encuentros felices decantan una vida, la marcan y apaciguan. No es que desee hablar de mí, procuro no hacerlo nunca, ya no sólo por decoro, sino también por el celo de la intimidad. Sin embargo, y por fortuna en este caso, he de hablar en primera persona, así lo requiere una amistad de cuarenta y seis años. Yo era un muchacho de dieciocho cuando conocí a Enrique Badosa, había llegado al mundo de la literatura y, sobre todo, al de la poesía, no tanto llevado por el afán poético como necesitado de una tabla de salvación. Mi infancia tortuosa, y una adolescencia difícil de sobrellevar a causa del hogar conflictivo y tajante en el que crecí, sazonado de largos silencios, hicieron que me acomodara, si es que puedo emplear este término, a una soledad rigurosa.

Por mediación de unos amigos, que con el tiempo se han vuelto también entrañables, me refiero a la familia Zarraluki, pude llegar a Enrique Badosa. Iba con mis poemas al que era su lugar de trabajo entonces, *El Noticiero Universal*. Lo esperaba a la salida, a última hora de la tarde. Poco a poco, su presencia y el tono cálido y firme a la vez de sus consejos fueron labrando en mí una necesidad que bien puedo reconocer hoy como una dependencia. De hecho, era la primera amistad que entablaba con una persona que no pertenecía a mi generación.

Hoy, en este día lluvioso de Elizondo, 1 de octubre de 2019, los recuerdos que me unen a Enrique Badosa tienen el valor de esos rescoldos que siempre doran con su luz las tardes encapotadas de este valle. Y en esa luminosidad están las décadas de una amistad que empezó con algunos regaños a mi aspiración poética, tan sembrada de yerros. Fue él quien, por primera vez, me hizo ver el peso de los tópicos, la adjetivación inapropiada, las más de las veces enfática, el ritmo abrupto propio de un muchacho en muchos aspectos descabalgado por el desconocimiento y la inocencia. Fue un maestro riguroso, un insobornable vigilante de los malos versos, que en mi caso eran legión. Poemas dislocados, como los cubos de Anselm Kiefer. He de confesar que yo iba un tanto temeroso a nuestros encuentros, pensando qué barbarie habría cometido yo con la mejor de las intenciones.

Sin embargo, y no lentamente, fui percibiendo en nuestra amistad que aquella aplicación tan cabal de su criterio literario se iba filtrando también en mi persona, quiero

decir en mi formación moral. Mucha de la rectitud que adquirí en aquellos años la debo, sin duda, a la que el propio Enrique me mostraba. No estoy hablando de una alma rígida, sino recta. Comoquiera que ha pasado tanto tiempo desde entonces, ahora me es fácil desvelar ciertos asuntos que yo le ocultaba, como mis simpatías políticas por el movimiento libertario, mi poca o nula fe, y mis tratos con unos pocos amigos cuyo oficio no podía disgustar más a Enrique. Era una de sus convicciones más firmes: la poesía no debía cantarse. Por un lado la música, por otro la poesía. Y, sin embargo, yo frecuentaba a cantantes como Paco Ibáñez y Ovidi Montllor, que eran mucho mayores, me doblaban la edad. Esta situación la vivía, tengo que admitirlo, como una candorosa infidelidad.

En aquellos días en los que la ciudad bullía culturalmente, al menos con mucho más fuego, libertad y audacia que ahora, Enrique Badosa se me antojaba como un mundo aparte, y no porque él dejara de participar de aquel momento en que la cultura guardaba una cierta credibilidad, bien al contrario. Sus libros de poemas y de ensayos sobre literatura, sus traducciones, su tarea como director de la colección de poesía de Plaza & Janés, en fin, lo situaban en un lugar central. Su aportación o, por decirlo de otro modo, su incidencia, fue esencial. Él nos enseñó que no todo, en lo poético, terminaba en los nombres de los más renombrados y protegidos de la llamada Escuela de Barcelona, ni todo que todo acababa en una poesía social que, no por necesaria, a menudo, y justo es reconocerlo, cojeaba tan alegre y descuidadamente como aquellos primeros versos míos.

Si el tiempo sirvió de algo fue para afianzar una amistad cada vez más íntima y, poco a poco, entre iguales. Aquel aprendiz de libertario fue volviéndose un solitario tenaz, entregado a su trabajo y a la difícil supervivencia, propia de todo aquel que, como yo, había elegido no vincularse a ninguna entidad ni empresa. Enrique siempre estuvo atento a los vaivenes que yo vivía, por otra parte tan propios de esta elección laboral. Él me escuchaba, me aconsejaba y protegía con una calidez que me es lícito calificar de paternal. Y así fue tejiéndose una relación de valor impagable que tuvo, y todavía tiene, algo de paternofilial.

No he de esconder la maravilla que supone comprobar que a lo largo de una feliz amistad de más de cuatro décadas cumplidas nunca se haya dado un desencuentro, y más teniendo en cuenta que nuestra visión de la vida ha sido, en algunos aspectos, ciertamente distinta. Su fe católica, profunda, y mi falta de creencia en los asuntos del más allá, por poner un ejemplo, jamás supusieron un obstáculo, nunca un impedimento. Ni tampoco la ligazón estrecha que tuve con Blas de Otero, que venía desde mi adolescencia. Ambos tenían idearios distintos, incluso antagónicos, es cierto. Y, sin embargo, nada impedía la

afinidad y la sinceridad, la aceptación que nos profesábamos por encima de cualquier discrepancia. El poema escrito a la muerte de Pablo Neruda habla de esa apertura de miras que de continuo he observado en Enrique, siempre presto a reconocer y defender lo que es de justicia:

FUERON A DESVELARTE, PABLO NERUDA

NO bastó ese mal tiempo que te alcanzó de pronto,  
ni el oír que la ausencia se te llevaba el nombre.

El odio analfabeto supo que aún vivías,  
y acumuló en tu puerta sus puños delirantes.

Fueron a desvelarte de tu muerte.

No bastó ese arrebato de clavos encendidos,  
ni la desolación abismada en tus sábanas.

Querían desnudarte de todo lo que amaste,  
y entraron derribando, rompiendo, mutilando.

Fueron a desvelarte de tu muerte.

No bastó que el ahogo reptase por tu cuerpo  
hasta que se anudara, tenaz, en tu garganta.

Lograron que escuchases las llamas contra el libro  
que nos dejaste abierto en las plazas mayores.

Fueron a desvelarte de tu muerte.

No bastó que una mano te apretase los ojos  
hasta el fondo del miedo donde no te verías.

Te rozó la intemperie de las piedras viscosas  
que quebraban cristales de tu dormir tan pálido.

Fueron a desvelarte de tu muerte.

No bastó la sequía que recorrió los ríos  
que hiciste tan fecundos de savia americana.

Insultos cuarteaban tu frente ya sin ti,  
y rencorosas uñas no te dejaban solo.

Fueron a desvelarte de tu muerte.

Tuvieron que vengarse saqueando el silencio  
en donde padecías tus últimas palabras.

No bastó lo que basta para hundir los sepulcros.

No bastó. Te dejaron sin respirar tu muerte.

Fueron a desvelarte. Pero vives.

Y si ha sido así hasta ahora se debe al admirable sentido de la tolerancia del que el poeta de *Dad este escrito a las llamas* puede hacer gala. Dicho sea de paso, jamás, después de aquellas veleidades libertarias, que más debían a lo indómito de mi carácter que a una convicción plena, nunca he sentido inclinación política, cansado como estaba, ya de joven, de los empujones ideológicos y de las doctrinas, siempre rezagadas con respecto a la vida.

Si no glosó en este escrito su poesía se debe a que las aportaciones contenidas en este volumen están destinadas, al menos en buena parte, a tal cometido. No es por otra razón. De ahí que me haya permitido hablar de ese largo y cómplice trenzado de años y de momentos vividos al calor de un corazón generoso como es el suyo. Siempre impecable, culto, con un aire estoico, que a menudo rompía con alguna agudeza graciosa, nos unía y une, entre otras muchas cosas, una aversión hacia la vulgaridad, no sólo de los modos, sino del pensamiento. Lo que no podíamos imaginar, ni mucho menos, es que aquella mirada que a veces teníamos, propia de El Bosco, iba a ser minimizada por los acontecimientos a los que hoy asistimos con un cierto desengaño y, también, asombro. No me refiero solamente a cuanto sucede en Cataluña, sino al disparate que Goya todavía dibuja acosta de una sociedad y de una política carentes de sentido común.

No es necesario decir aquí que muchos de los que entonces se jactaban de nacionalistas hicieron muy poco por la cultura a la que pertenecían. Sin ir más lejos, el cese de la Llibreria Ona, situada en la Gran Via y dedicada únicamente a la venta de libros en catalán, tuvo que cerrar sus puertas por falta de ventas. Era un mal presagio. Yo aprendí de Enrique Badosa los muchos bienes contenidos en la literatura catalana, sobre todo de los clásicos. Su libro sobre la poesía medieval catalana; las frecuentes conversaciones que giraban en torno a Ausiàs March, pero también sobre Roís de Corella y Jordi de Sant Jordi; el deslumbramiento que me produjo J. V. Foix, cuya poesía me descubrió; las traducciones de Carles Riba; el respeto que manifestaba hacia Salvador Espriu; en fin, la prosa maestra e ingeniosa del cáustico y desinhibido Josep Pla, me llevaron a ser un lector constante de las Letras catalanas. Todos estos nombres se los debo a él. Sabía que me gustaba sobremanera que me contase anécdotas del mencionado *mestre* Foix, que eran

muchas, y así lo hacía. Él fue, además, un afinado traductor de algunas de las obras de los mencionados autores.

Sinceramente creo, y lo he pensado en muchas ocasiones, Cataluña, envuelta episódicamente en una política de zarzales, no ha correspondido a la capital aportación de Enrique Badosa, ya no sólo como creador, sino como divulgador. Puestos a deberle, le debo la amistad de Joan Margarit. A menudo me expresaba el deseo de presentarnos, tan seguro estaba de que nos iba a unir una buena amistad; y así ha sido, por fortuna tan excelente como sincera y duradera, rica y viva hasta hoy. Por todo lo comentado, es oportuno leer este homenaje dirigido a la figura Foix, que tanto estimó:

### Y J. V. FOIX CALLÓ

DE pronto fue el silencio de tus ojos.  
No lo esperaba nadie. De tus ojos...  
Un vértigo quemándonos los pies.  
Queríamos decir..., pero el silencio  
nos golpeó los labios. ¿Cómo ver  
lo que había en tu rostro ya sin ti?  
Un eco de ti mismo persistía  
en tu último mirar, te asemejaba,  
tan sólo, nada más, te asemejaba,  
y aún nos acercábamos a oír  
por si entre tu callar... Un reloj súbito  
nos devolvía al tiempo, pero solos.  
¿Quién cerraba, a lo lejos, puertas, puertas?  
Llegamos al pasar de cada día  
por mejor celebrarte con la vida  
que deseabas alta y sin lamentos.  
Gozo de tu palabra y de tu voz,  
tan claras, compañeras, brisa y mármol  
en juventud de fuentes aurales.  
Pero no acaba el día de tu ausencia.

Es en razón de lo dicho que no quiero dejar de manifestar algo que fue de primera importancia: su papel, el de Enrique, siempre conciliador entre las dos culturas que, si

bien convivían en los años Ochenta y Noventa con la fluidez natural que exige la inteligencia, no siempre se eximían de ciertas discordias que, lamentablemente, se desataron más tarde. Esta voluntad suya provocó que aquellos que escribíamos en castellano nos sintiéramos en la que realmente era nuestra casa. No puedo por más que agradecer esta actitud suya y expresar mi gratitud.

Enrique Badosa es para mí el poeta de *Mapa de Grecia*, el defensor de la poesía, por decirlo en términos del isabelino Philip Sidney, el velador de su dignidad, el ejemplo de la amistad, el confidente de las pasiones amorosas, el espíritu entregado al bien. No se trata de un panegírico, sino del testimonio de uno de sus muchos amigos que podemos dar fe de su prodigalidad y honestidad. En pocos como en él he encontrado la justa medida de las cosas. Cuánto aprendizaje, Enrique.